



Los toltecas

Hace miles de años, los toltecas eran conocidos en todo el sur de México como «mujeres y hombres de conocimiento». Los antropólogos han definido a los toltecas como una nación o una raza, pero, de hecho, eran científicos y artistas que formaron una sociedad para estudiar y conservar el conocimiento espiritual y las prácticas de sus antepasados. Formaron una comunidad de maestros (*naguales*) y estudiantes en Teotihuacán, la ciudad de las pirámides en las afueras de la Ciudad de México, conocida como el lugar en que «el hombre se convierte en Dios».

A lo largo de los milenios, los *naguales* se vieron forzados a esconder su sabiduría ancestral y a mantener su existencia en secreto. La conquista europea, unida a un agresivo mal uso del poder personal por parte de algunos aprendices, hizo necesario proteger el conocimiento de aquellos que no estaban preparados para utilizarlo con buen juicio, o que hubieran podido

usarlo mal intencionadamente para obtener un beneficio personal.

Por fortuna, el conocimiento esotérico tolteca fue conservado y transmitido de una generación a otra por distintos linajes de *naguales*. Aunque permaneció oculto en el secreto durante cientos de años, las antiguas profecías vaticinaban que llegaría el momento en el que sería necesario devolver la sabiduría a la gente. Ahora, don Miguel Ruiz, un *nagual* del linaje de los Guerreros del Águila, ha sido guiado para divulgar las poderosas enseñanzas de los toltecas.

El conocimiento tolteca surge de la misma unidad esencial de la verdad de la que parten todas las tradiciones esotéricas sagradas del mundo. Aunque no es una religión, respeta a todos los maestros espirituales que han enseñado en la Tierra, y si bien abarca el espíritu, resulta más preciso describirlo como una manera de vivir que se distingue por su fácil acceso a la felicidad y el amor.

*Lo que es verdad es real.
Lo que no es verdad no es real.
Es una ilusión, pero parece real.
El amor es real.
Es la expresión suprema de la vida.*

1



ADÁN Y EVA

La historia desde un punto de vista diferente

Una preciosa y antigua leyenda, que casi todo el mundo ha escuchado, es la historia de Adán y Eva. Es una de mis historias preferidas, porque explica de un modo simbólico lo que yo intentaré explicar con palabras. La historia de Adán y Eva está basada en la verdad absoluta, aunque nunca la entendí de niño. Es una de las más grandes enseñanzas, pero creo que la mayoría de la gente la comprende mal. Ahora te explicaré esta historia desde un punto de vista diferente, quizá desde el mismo punto de vista de quien la creó.

La historia tiene que ver contigo y conmigo. Trata de nosotros. Trata de toda la humanidad porque, como bien sabes, la humanidad no es más que un ser vivo: hombre, mujer. Sólo somos uno. En esta historia nos

llamamos Adán y Eva y somos los seres humanos originales.

La historia empieza cuando éramos inocentes, antes de haber cerrado nuestros ojos espirituales, lo que significa miles de años atrás. Vivíamos en el Paraíso, en el Jardín del Edén, que era el cielo en la Tierra. El cielo existe cuando nuestros ojos espirituales están abiertos. Es un lugar lleno de paz y dicha, de libertad y amor eterno.

Para nosotros —Adán y Eva— todo estaba relacionado con el amor. Nos amábamos y nos respetábamos mutuamente y vivíamos en perfecta armonía con toda la creación. Nuestra relación con Dios, nuestro Creador, era una comunión perfecta de amor, y esto significa que nos comunicábamos con Dios todo el tiempo y Dios se comunicaba con nosotros. Tenerle miedo a Dios, el mismo que nos creó, era algo inconcebible. Nuestro Creador era un Dios de amor y de justicia, y depositábamos nuestra fe y nuestra confianza en él. Dios nos brindó una libertad completa, y nosotros utilizábamos nuestro libre albedrío para amar a toda la creación y disfrutar de ella. La vida era bella en el Paraíso. Los seres humanos originales lo veíamos todo a través de los ojos de la verdad, tal y como *es*, y lo amábamos. Así es como solíamos ser, y no nos costaba el menor esfuerzo.

Bien, la leyenda dice que en medio del Paraíso había dos árboles. Uno era el Árbol de la Vida, que daba vida a todo lo que existía, y el otro era el Árbol de la Muerte, más conocido como el Árbol del Conocimiento. Éste era un árbol precioso con un fruto muy jugoso. Resultaba muy tentador. Y Dios nos dijo: «No se acerquen al Árbol del Conocimiento. Si comen su fruto, podrán morir».

Ningún problema, por supuesto. Pero, por naturaleza, nos encanta explorar, e indudablemente fuimos a visitar el árbol. Si recuerdas la historia, ya puedes adivinar quién vivía en aquel árbol. El Árbol del Conocimiento era el hogar de una gran serpiente llena de veneno. La serpiente no es más que otro símbolo de lo que los toltecas denominan el *Parásito*, y puedes imaginarte por qué.

La historia dice que la serpiente que vivía en el Árbol del Conocimiento era un ángel caído que anteriormente había sido el más bello. Como ya sabes, un ángel es un mensajero que entrega un mensaje de Dios: un mensaje de verdad y de amor. Pero, quién sabe por qué razón, aquel ángel caído ya no entregaba la verdad, lo que significa que transmitía un mensaje falso. En lugar del amor, el mensaje del ángel caído era el miedo; era una mentira en lugar de la verdad. De hecho, la histo-

ria describe al ángel caído como el Príncipe de las Mentiras, y esto quiere decir que era un mentiroso sempiterno. Todas las palabras que salían de su boca eran mentiras.

Según la historia, el Príncipe de las Mentiras vivía en el Árbol del Conocimiento, y el fruto de ese árbol, que era el *conocimiento*, estaba contaminado por las mentiras. Nos acercamos a aquel árbol y mantuvimos la conversación más increíble con el Príncipe de las Mentiras. Éramos inocentes. No lo sabíamos. Confiábamos en todos los seres. Y allí estaba el Príncipe de las Mentiras, el primer cuentista, un tipo muy inteligente. Ahora la historia cobra un poco más de interés porque aquella serpiente tenía una historia propia completa.

Aquel ángel caído hablaba y hablaba y hablaba, y nosotros escuchábamos y escuchábamos y escuchábamos. Como bien sabes, cuando somos niños y nuestros abuelos nos cuentan cuentos, estamos ansiosos por escuchar todo lo que nos explican. Aprendemos, y resulta muy interesante; queremos saber más. Pero en este caso quien hablaba era el Príncipe de las Mentiras. Sin ningún lugar a dudas estaba mintiendo, y nosotros nos dejamos seducir por las mentiras. *Creímos* la historia del ángel caído, y ése fue nuestro error más grande. Eso es lo que significa comer el fruto del Árbol del Conoci-

miento. Estuvimos *de acuerdo* y tomamos su palabra como la verdad. *Creímos* en las mentiras; depositamos nuestra *fe* en ellas.

Cuando mordimos la manzana, comimos las mentiras que venían con el conocimiento. ¿Qué ocurre cuando nos comemos una mentira? Nos la creemos y ¡boom! Ahora la mentira vive en nosotros. Esto es fácil de comprender. La mente es un campo muy fértil para los conceptos, las ideas y las opiniones. Si alguien nos dice una mentira y nos la creemos, esa mentira echa raíces en nuestra mente. Ahí puede crecer hasta que se hace grande y fuerte, como un árbol. Una pequeña mentira puede ser muy contagiosa, desparramando sus semillas de una persona a otra cuando la compartimos con ellas. Bien, las mentiras entraron en nuestra mente y reprodujeron un *Árbol del Conocimiento* entero en nuestra cabeza, que es todo lo que conocemos. Pero, ¿qué es lo que conocemos? Mayormente mentiras.

El *Árbol del Conocimiento* es un símbolo poderoso. La leyenda dice que quienquiera que coma el fruto del *Árbol del Conocimiento* sabrá distinguir entre el bien y el mal; sabrá la diferencia entre lo que es correcto y lo que no lo es, lo que es bello y lo que es feo. Reunirá todo ese conocimiento y empezará a juzgar. Bueno, eso es lo que ocurrió en nuestra cabeza. El simbolismo

de la manzana es que cada concepto, cada mentira, es igual que un fruto con una semilla. Cuando ponemos una semilla en una tierra fértil, la semilla del fruto crea otro árbol. Ese árbol reproduce más frutos, y por el fruto conocemos el árbol.

Ahora, cada uno de nosotros tiene su propio Árbol del Conocimiento, que es nuestro sistema personal de creencias. El Árbol del Conocimiento es la estructura de todo lo que creemos. Cada concepto, cada opinión forma una pequeña rama de ese árbol, hasta que acabamos con un Árbol del Conocimiento entero. Tan pronto como ese Árbol toma vida en nuestra mente, oímos al ángel caído hablar muy alto. El mismo ángel caído, el Príncipe de las Mentiras, vive en nuestra mente. Desde el punto de vista tolteca, un Parásito vivía en ese fruto; nos lo comimos, y el Parásito entró en nosotros. Ahora el Parásito está viviendo nuestra vida. El cuentista, el Parásito, nace en nuestra cabeza y sobrevive dentro de ella porque lo alimentamos con nuestra fe.

La historia de Adán y Eva explica cómo la humanidad cayó del sueño del cielo al sueño del infierno; nos explica de qué modo nos convertimos en lo que somos ahora. La historia normalmente dice que sólo dimos un mordisco a la manzana, pero esto no es verdad. Creo que nos comimos todo el fruto de aquel árbol, y nos

pusimos enfermos al hartarnos de mentiras y veneno emocional. Los seres humanos se comieron todos los conceptos, todas las opiniones y todos los cuentos que nos explicó el mentiroso, aun cuando no era la verdad.

En aquel momento, nuestros ojos espirituales se cerraron y ya no pudimos ver el mundo con los ojos de la verdad. Empezamos a percibir el mundo de una manera completamente diferente, y todo cambió para nosotros. Con el *Árbol del Conocimiento* en la cabeza, sólo podíamos percibir el conocimiento, sólo podíamos percibir las mentiras. Ya no vivíamos más en el cielo, porque no hay lugar para las mentiras en el cielo. Así es como los seres humanos perdimos el Paraíso. Soñamos mentiras. Creamos el sueño entero de la humanidad, individual y colectivamente, basándonos en mentiras.

Antes de que los seres humanos nos comiéramos el fruto del *Árbol del Conocimiento*, vivíamos en la verdad. Sólo decíamos la verdad. Vivíamos con amor y sin miedos. Tras comernos el fruto, nos sentimos culpables y avergonzados. Nos juzgamos a nosotros mismos diciéndonos que ya no éramos lo bastante buenos, y por supuesto, juzgamos a los demás del mismo modo. Con el juicio vino la tendencia a tener opiniones opuestas, la separación, y la necesidad de castigar y ser

castigados. Por vez primera dejamos de tratarnos con amabilidad, dejamos de respetar y amar todo lo que Dios había creado. Empezamos a sufrir y a culparnos a nosotros mismos, a los demás e incluso a Dios. Dejamos de creer que Dios era todo amor y justicia; creímos que Dios nos castigaría y nos haría sufrir. Era una mentira, pero la creímos, y nos separamos de Dios.

Desde este punto, resulta más fácil entender cuál es el significado del *pecado original*. El pecado original no es el sexo. No, eso es otra mentira. El pecado original es creer en las mentiras provenientes de la serpiente del árbol, del ángel caído. El significado de la palabra *pecado* es «obrar en contra». Todo lo que decimos, todo lo que hacemos en contra de nosotros es un pecado. Pecar no tiene nada que ver con la culpa o la condena moral. Pecar es creer en mentiras y utilizar esas mentiras en contra de nosotros. Desde ese primer pecado, desde esa mentira original, nace el resto de nuestros pecados.

¿Cuántas mentiras oyes en tu cabeza? ¿Quién está juzgando, quién está hablando, quién tiene todas esas opiniones? Si no amas es porque esa voz no te deja amar. Si no disfrutas de tu vida es porque esa voz no te permite disfrutar de ella.

Y no sólo eso: el mentiroso que está en nuestra cabeza siente la necesidad de expresar todas esas menti-

ras, de explicar su historia. Compartimos el fruto de nuestro *Árbol* con los demás, y dado que ellos tienen el mismo tipo de mentiroso, nuestras mentiras se unen y se vuelven más poderosas. Ahora odiamos más. Ahora hacemos más daño. Ahora defendemos nuestras mentiras y nos convertimos en seguidores fanáticos de nuestras mentiras. Los seres humanos incluso nos destruimos los unos a los otros en nombre de esas mentiras. ¿Quién está viviendo nuestra vida? ¿Quién está tomando nuestras decisiones? Creo que la respuesta es obvia.

Ahora sabemos qué está sucediendo en nuestra cabeza. El cuentista está ahí; es la voz en nuestra cabeza. Esa voz habla y habla y no deja de hablar, y nosotros escuchamos y escuchamos y nos creemos cada palabra. Esa voz juzga sin cesar. Juzga cualquier cosa que hagamos, cualquier cosa que no hagamos, cualquier cosa que sintamos, cualquier cosa que no sintamos, cualquier cosa que alguien haga. Está chismorreando continuamente en nuestra cabeza y ¿qué es lo que surge de esa voz? Mentiras, principalmente mentiras.

Esas mentiras captan nuestra atención, y lo único que somos capaces de ver son mentiras. Ésa es la razón por la cual no vemos la realidad del cielo que existe en este mismo lugar, en este mismo momento. El cielo nos pertenece porque somos los hijos del cielo. La voz en

nuestra cabeza no nos pertenece. Cuando nacemos, no tenemos esa voz. La voz en nuestra cabeza surge después de aprender: en primer lugar el lenguaje, después diferentes puntos de vista, más tarde todos los juicios y las mentiras. Incluso cuando aprendimos a hablar, sólo decíamos la verdad. Pero, poco a poco, el Árbol del Conocimiento entero se va programando en nuestra cabeza, y con el tiempo, el gran mentiroso domina el sueño de nuestra vida.

Como ves, en el momento en que nos separamos de Dios, empezamos a buscarlo. Por primera vez empezamos a buscar el amor que creímos que no teníamos. Empezamos a buscar la justicia, la belleza, la verdad. La búsqueda empezó hace miles de años, y los seres humanos todavía seguimos buscando el paraíso que perdimos. Buscamos ser lo que éramos antes de creer en las mentiras: auténticos, verdaderos, amorosos, dichosos. La verdad es que estamos buscando nuestro Yo.

Sabes, lo que Dios nos dijo era verdad: si comemos el fruto del Árbol del Conocimiento, podemos morir. Nos lo comimos y estamos muertos. Estamos muertos porque nuestro yo auténtico ya no está ahí. El que está viviendo nuestra vida es el gran mentiroso, el Príncipe de las Mentiras, esa voz en nuestra cabeza. Lo denominas *pensar*. Yo lo denomino *la voz del conocimiento*.



PUNTOS PARA REFLEXIONAR

- La mente es un campo fértil para los conceptos, las ideas y las opiniones. Si alguien nos dice una mentira y nos la creemos, esa mentira echa raíces en nuestra mente y crece hasta hacerse grande y fuerte, como un árbol. Una pequeña mentira puede ser muy contagiosa, desparramando sus semillas de una persona a otra cuando la compartimos con ellas.
- El conocimiento entra en nuestra mente y reproduce una estructura dentro de nuestra cabeza, que es todo lo que conocemos. Con todo ese conocimiento en nuestra cabeza, sólo percibimos lo que creemos, sólo percibimos nuestro propio conocimiento. Y ¿qué es lo que conocemos? Principalmente mentiras.
- Una vez que el Árbol del Conocimiento está vivo en nuestra mente, oímos al ángel caído hablar muy alto. Esa voz no cesa de juzgar. Nos dice lo que está bien y lo que está mal, lo que es bello y lo que es feo. El cuentista nace en nuestra cabeza, y sobrevive en ella porque lo alimentamos con nuestra fe.
- El cielo existe cuando nuestros ojos espirituales están abiertos, cuando percibimos el mundo a través de los ojos de la verdad. Una vez que las mentiras captan nuestra atención, nuestros ojos espirituales están cerrados. Caemos del sueño del cielo y empezamos a vivir el sueño del infierno.

- El cielo nos pertenece porque somos los hijos del cielo. La voz en nuestra cabeza no nos pertenece. Cuando nacemos, no tenemos esa voz. *El pensamiento* llega después de que aprendemos: en primer lugar el lenguaje, después distintos puntos de vista, y más tarde todos los juicios y las mentiras. *La voz del conocimiento* surge a medida que acumulamos conocimiento.
- Antes de comer las mentiras que llegan con el conocimiento, vivimos en la verdad. Sólo decimos la verdad. Vivimos en el amor y no tenemos miedo. Una vez que tenemos el conocimiento, nos juzgamos a nosotros mismos y ya no nos sentimos lo bastante buenos; sentimos culpa, vergüenza y la necesidad de ser castigados. Empezamos a soñar mentiras y nos separamos de Dios.
- En el momento en que nos separamos de Dios, empezamos a buscarlo, empezamos a buscar el amor que creemos que no tenemos. Los seres humanos buscamos continuamente la justicia, la belleza, la verdad: lo que éramos antes de creer en las mentiras. Buscamos nuestro Yo auténtico.